



## Capítulo 291 - Hablando con el prisionero

"¿Ya te calmaste?", preguntó Vergil en voz baja, casi con dulzura, mientras veía cómo la sangre desaparecía de la piel de Kaguya y cómo sus heridas se curaban ante sus ojos.

Ella levantó lentamente la cara.

Su respiración seguía siendo entrecortada. Sus ojos, más rojos que antes, parecían más agudos ahora. Menos perdidos. Más... hambrientos.

El dolor había desaparecido. Las heridas habían desaparecido. Pero no la rabia.

"Me drogaste...", susurró, con los labios aún manchados con su sangre. "Con tu propia sangre... es una droga muy adictiva."

"¿Qué malagradecido? Soy el único aquí que te daría sangre, ¿de acuerdo? Y que conste que no hice nada", corrigió con una sonrisa burlona. "Pero si quieres llamarlo veneno, adelante. Todo es cuestión de dosis, ¿no? Eso es lo que diferencia una cura de un veneno: la dosis".

Cerró los ojos un instante, como si intentara contener algo. Un grito. Una lágrima. Un colapso.

Pero cuando los abrió de nuevo... sólo había frialdad.





Zafiro apoyó la barbilla en la mano, fascinada por el espectáculo. "Deberías estar agradecido, ¿sabes?", dijo, revolviendo perezosamente su café, ahora frío. "Muy pocos son útiles después de romperse".

Kaguya se giró lentamente hacia ella, con la mirada afilada como cuchillas. "Me usaste."

Zafiro sonrió, sin siquiera fingir lo contrario. "Claro que sí. Pero te lo dijimos desde el principio, ¿no?", continuó con un brillo cruel en los ojos. "Pero es importante que entiendas algo, Kaguya..."

Ella se inclinó ligeramente hacia delante sobre la mesa y su tono se volvió agudo y ácido.

"...no te mentimos. Solo te mostramos la verdad."

Kaguya la miró fijamente, con los labios temblando mientras luchaba por mantenerse unida.

Entonces Vergil se levantó lentamente, limpiándose los dedos con un fino paño de seda. Su presencia llenó toda la sala. Rodeó la mesa y se detuvo detrás de ella, su sombra cayendo sobre sus frágiles hombros.

—La verdad duele, lo sé —murmuró cerca de su oído, con la voz sedosa como la seda—. Pero ya has sufrido bastante intentando ser leal a alguien que te rechazó.

Su mano tocó suavemente su hombro. Calidez. Poder. Control.





"Ahora..." dijo, inclinando su rostro hacia él con dos dedos, obligándola a mirarlo a los ojos, "...tú puedes elegir".

Se arrodilló lentamente, de modo que quedaron cara a cara.

"Puedes seguir llorando... y ahogarte en tu propia amargura. O...." sonrió, y por un segundo el mundo pareció congelarse, "...puedes reescribir la historia. Empezando... con la cabeza del traidor."

Sus ojos se abrieron de par en par. La sangre dentro de ella volvió a hervir.

"Alucard..." susurró, el nombre aún tenía sabor a óxido en la lengua.

Vergil asintió levemente, con un brillo depredador en la mirada. «Aún respira. Pero no por mucho tiempo».



Detrás de ellos, Zafiro soltó una risita. No de alegría, sino de alguien que saboreaba el caos que florecía ante ella.

Seguían atrapados en esa dimensión particular, un lugar separado del tiempo y la realidad. Una prisión dorada creada por Zafiro, diseñada para seducir, corromper... y reconstruir.

Dentro de esa jaula dorada de promesas, Kaguya era el nuevo proyecto.

Raphaeline observó todo mientras se desarrollaba con los brazos cruzados y apoyada en una columna de cristal ámbar.

"Se han olvidado de nosotros", murmuró con una sonrisa torcida, con los ojos brillando levemente. "Sobre todo de Vergil... míralo, qué emocionado".



"Cuéntamelo...", respondió Stella, poniendo los ojos en blanco mientras se ajustaba los guantes de cuero. "Esa bruja loca nunca ha diseccionado a un vampiro de pura sangre. Seguro que está deseando ver de qué pasta está hecha esta chica".

Pero el tono de luz se hizo añicos en cuestión de segundos.

Un temblor repentino sacudió los cimientos de la mansión, como si algo hubiera golpeado el corazón de la tierra. Las paredes vibraron. El aire se volvió pesado.

Un momento después, un trueno apagado explotó desde el sótano... un grito.

"¡ISAQUENME DE AQUÍ!!"

La atención se dispersó como niebla cortada por una espada, y Vergil, Sapphire y Kaguya regresaron al presente.

Cadenas arrastrándose. Gemidos. Garras raspando la piedra resonaron por toda la mansión.

Vergil dejó escapar un suspiro dramático, pasándose una mano por el cabello.

"Ah, el perro todavía está vivo ahí abajo..." murmuró con indiferencia.

Luego, sin ninguna ceremonia, se giró hacia Kaguya y puso una mano sobre su cabeza, dándole unas palmaditas suaves, como si fuera un cachorro.





"Siéntate aquí y piensa un poco, princesa", dijo con su habitual media sonrisa arrogante. "Voy a visitar a nuestro amiguito peludo".

Kaguya parpadeó lentamente, claramente dividida entre la sorpresa y las ganas de arrancarle los dedos de un mordisco. Pero por ahora, solo observaba.

Zafiro se estiró perezosamente, volviendo a su café como si nada hubiera pasado. "¿Quieres que baje contigo?", preguntó, aunque no parecía interesada en lo más mínimo.

Vergil ya se dirigía a las escaleras ocultas tras la biblioteca. "No hace falta, cariño. Solo quiero ver si al perro grande todavía le quedan dientes".

... ..

Los pasos de Vergil resonaban con fuerza por la escalera de caracol, descendiendo cada vez más bajo la mansión. Cuanto más avanzaba, más frío hacía, y el aroma empezó a cambiar. El incienso, el vino caro y el perfume floral de los pisos superiores se desvanecieron, reemplazados por algo más denso, húmedo... y fétido.



En la base, Vergil se detuvo un momento, contemplando el pasillo que tenía delante.

Las paredes eran de piedra negra, manchadas de sangre antigua y humedad. Antorchas parpadeantes ardían en candelabros de hierro oxidado, proyectando largas sombras como dedos espectrales sobre el estrecho pasaje.

Soltó un silbido bajo y arqueó una ceja.



"¡Guau!", murmuró con una media sonrisa. "Arriba parece la mansión de un rapero o el patio de recreo de algún famoso aburrido. ¿Y aquí abajo? Esto es una auténtica mazmorra de tortura medieval".

Caminó hacia adelante y sus botas resonaron con cada paso.

A su izquierda y derecha, había celdas talladas directamente en la piedra, cada una marcada con símbolos intrincadamente grabados; no solo grabados, sino quemados en la roca con precisión demoníaca. Runas. Miles de ellas.

Virgilio se detuvo frente a la celda del prisionero.

El aire aquí apestaba a pelo quemado y a odio.

Dentro, atado con cadenas de plata en espiral con inscripciones arcanas, estaba Alex Wykes, el lobo alfa. Su forma era una mezcla entre humana y animal, temblando de dolor y furia. Sus ojos ámbar brillaban a la luz de la antorcha; su boca echaba espuma mientras gruñía y jadeaba.



Pero lo que realmente llamó la atención de Virgilio fueron las inscripciones.

Runas demoníacas cubrían cada centímetro de la celda. No había un solo punto intacto. Estaban superpuestas, una sobre otra, como candados apilados para sellar algo que nunca debió ser liberado.

Soltó una risa seca, cruzándose de brazos mientras estudiaba la celda como quien admira una obra de arte perturbadora.

—Oh... ahora lo entiendo —dijo, casi impresionado.



Su mente se dirigió inmediatamente a Zafiro. "Por supuesto... solo ella llegaría tan lejos", pensó con una sonrisa torcida.

Su tipo de paranoia tenía sabor. Un toque de arte. Un exceso intencionado. ¿Y, en serio? Funcionó, porque Alex, incluso con todo su poder, parecía destrozado. No físicamente. Espiritualmente. La celda no solo lo atrapó... lo aplastó.

Vergil se acercó más y entrecerró los ojos.

"¿De verdad parece que quieres salir de aquí?", se burló, con un tono irónico y divertido. "¿Pero con tantos hechizos demoníacos? Te resultaría más fácil escapar del infierno que salir de esa celda".

Alex gruñó algo ininteligible, tirando de las cadenas, que silbaron al quemarle la piel.

Vergil se agachó, a pocos metros de los barrotes, observándolo atentamente. "Entonces... ¿quieres decirme por qué aniquilaste a toda la manada de tu hermana para nada?"

Pausa.

El silencio que siguió a su pregunta fue denso. Casi tangible.

Alex dejó de tirar de las cadenas; sus ojos ámbar se clavaron en Vergil con una mezcla de odio y... algo más profundo. Algo que la manada de lobos no pudo ocultar del todo.





Vergil sostuvo la mirada, girando su muñeca casualmente como si estuviera esperando el servicio de cena.

"Vamos...", dijo con pereza. "Dame algo. Una razón. Una frase ingeniosa. Una crisis existencial. No me digas que acabas de despertarte de un síndrome premenstrual de luna llena".

Alex volvió a gruñir, pero esta vez... algo era diferente. Un temblor en la mandíbula. Un destello de vacilación en el pecho. Y entonces, por fin, habló, con la voz ronca, llena de rabia no resuelta:

"Porque ella... ella era igualita a esa mujer."

Virgilio arqueó una ceja.

"¿Qué mujer?"

"Mi madre."

La respuesta llegó baja y gutural, como si tuviera que arrancársela de su propia garganta.

Los mismos ojos. La misma forma de hablar. La misma maldita mirada, como si yo fuera un error que nunca debió haber nacido. Entonces se rió. Un sonido roto y doloroso que resonó en las paredes de piedra.

No lo entiendes. Nadie lo entiende. Esa mujer me destrozó por completo... y Alexa... solo era otro recordatorio viviente de todo eso. Una sombra con su rostro. Y yo... solo quería silencio.







Vergil lo observaba con una expresión indescifrable. No había empatía en su rostro, solo una curiosidad distante, casi científica.

"Acabaste con una manada entera... ¿porque tu hermana te recordaba a mamá?"

Alex apretó los puños y clavó las garras en su propia piel.

"Ella no era mi hermana en ese momento. Era un fantasma con su rostro. Tuve que borrarlo."

Vergil se rascó la barbilla, pensativo, como si estuviera sopesando el valor de esa confesión.

"Estás más jodido de lo que pensaba", murmuró, poniéndose de pie con un suspiro teatral, como si toda la conversación fuera una tarea más en su lista.



Con un gesto despreocupado, metió la mano en el bolsillo, sacó el teléfono y, sin decir palabra, apuntó la cámara al rostro de Alex, capturando la expresión desolada y salvaje del hombre lobo en una sola y fría imagen. Un clic resonó por la mazmorra.

Pasó el dedo por la pantalla, envió la foto a alguien de sus contactos, luego pulsó para llamar y cambió al altavoz.

El tono de marcado sonó solo una vez.

"¿Hola?" dijo una voz de mujer, fría, firme... pero con un dejo de sorpresa.



"Mira la foto que te acabo de enviar", dijo Vergil con voz burlona. "Te espero en casa. ¿Esa basura que querías borrar de la existencia? Sí... la encontré en uno de mis viajes. Tirada como un perro callejero".

Hubo una pausa profunda al otro lado. Silencio. Se quedó sin aliento por un instante.

"¿En qué estado se encuentra?", preguntó, intentando sonar neutral, pero la amargura se palpaba en cada palabra.

Virgilio sonrió con desprecio.

Perfecto. Completo. Bonito. Todo arreglado para que puedas hacer lo que quieras. Mátalo... tortúralo... despedázalo con todo ese odio que has estado acumulando.

Lanzó una mirada de reojo a Alex, quien permaneció en silencio, las cadenas temblando en sus manos.

"Considera mi sótano como el salón VIP para tu venganza, Alexa".

La línea quedó en silencio durante unos segundos.

Entonces, un único susurro helado:

"Estoy en camino."

Vergil colgó con un clic, guardó el teléfono nuevamente en su bolsillo y chasqueó los dedos como si acabara de organizar una reunión informal.





JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

—Ahora sí que hablamos —dijo con voz suave, volviendo a mirar a Alex a los ojos—. Veamos si aún tienes el coraje de enfrentarte a la mujer que sobrevivió a lo que intentaste borrar.

